

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA IDEA DE PROGRESO

Prof. María Julia Palacios

La historia del pensamiento muestra que el hombre ha formulado preguntas por el sentido y fin último de la totalidad de lo existente, pero, fundamentalmente, por el sentido y fin último de su propia existencia.

Es claro que preguntas de este tipo no pueden encontrar respuestas en las ciencias. Las respuestas las encuentra el hombre en las religiones o en cierto tipo de pensamiento filosófico que -para algunos- ha pasado por ser la expresión más acabada del filosofar.

No obstante, es necesario distinguir dos modos de abordar filosóficamente las cuestiones fundamentales del hombre:

1. En el estilo típico de la metafísica tradicional, concibiendo al hombre como un ser dotado de naturaleza o esencia incommovible, sobre el cual puede elaborarse teorías acerca de su sentido y fin último, y
2. En el estilo de lo que vamos a denominar filosofía crítica; la filosofía entendida como una actividad intelectual básicamente esclarecedora de conceptos y, consecuentemente, de realidades, sin incursionar en el terreno de las especulaciones acerca de la ultimidades de la realidad.

Este trabajo pretende analizar una idea que se encuentra en las distintas interpretaciones de la realidad humana, al menos en el pensamiento occidental desde la modernidad: la idea de progreso. Idea no siempre explicitada de modo suficiente y frecuentemente usada con ambigüedad.

Esta idea ha formado parte de las distintas respuestas a la pregunta por la condición humana, en las cuales es posible detectar desde el optimismo más exagerado - las que postulan un progreso universal y sin límites- hasta su negación. Entre un extremo y otro puede uno encontrar diversidad de concepciones y de aplicaciones del concepto, que trataremos de delimitar.

En primer lugar, quisiera citar una distinción que me parece pertinente. Dice J. Bury (1) que existen ideas movilizadoras de las sociedades. Unas son lo que comúnmente denominamos ideales, y las diferentes formas de su concreción en la realidad, dependen de la voluntad humana. Otras, más bien son creencias antes que ideas fundadas en evidencias y, por lo tanto, exigen un acto de fe; su concreción no depende de la voluntad humana.

Las ideas de libertad, igualdad, solidaridad, pertenecen a las primeras. Las ideas de inmortalidad, de providencia, de progreso, pertenecen a las segundas.

Y agrega algo que parece ser un elemento distintivo definitorio: sobre las ideas de libertad, de igualdad ... emitimos juicios de valor en términos de bueno-malo, útil-inútil, en tanto que para las ideas de providencia, progreso ... emitimos juicios en términos de verdadero-falso.

¿Qué significa esta apreciación? Significa que mientras la libertad y otras ideas similares forman parte de las aspiraciones de los hombres, representan condiciones de lo que consideran mejores estilos de vida, en pos de lo cual se trabaja, las ideas de progreso, de inmortalidad ... se aceptan o rechazan según se las crea verdaderas o falsas, aunque no exista posibilidad alguna de demostrar la verdad de cualquier afirmación al respecto. Aún así, constituyen el fundamento de múltiples acciones humanas, orientan planes de acción y están implícitas en diversos discursos, fundamentalmente en el discurso político.

Por otra parte, no es posible pensar estas ideas sin ligarlas necesariamente a otras cuestiones. No sería posible hablar de progreso sin presuponer que existe una meta conforme con la cual se mide aquél; sólo así se puede juzgar valorativamente la evolución de la humanidad: si realmente se orienta hacia su meta, si se desvía, si se detiene, si retrocede.

Pero también aquí es necesario hacer otras distinciones. El modo como se conciba el progreso tiene que ver:

1. Con el tipo de metas que se determinan para el hombre (metas trascendentes, metas terrestres).
2. Con los niveles de la realidad a los cuales se adscribe la idea de progreso (a un aspecto de la realidad humana o a la sociedad en su conjunto).

La idea de progreso ligada a la concepción de una meta trascendente se entronca posiblemente con el modo hebreo de concebir el tiempo y la historia. Cada kairós (momento oportuno) implica novedad y, de alguna manera, la posibilidad de concreción de lo esperado. Por eso, porque en el futuro sobrevendrán los bienes que se esperan, subyace la idea, remediando a Manrique, de que "todo tiempo futuro será mejor". El bien, la verdad, la justicia, serán plenos en un final absoluto de los tiempos.

Así vio San Agustín a la historia, como el desarrollo de un plan divino de salvación; sólo un paréntesis entre la Creación y el Juicio Final; el terreno donde el hombre, en el ejercicio de su libertad y con la gracia de Dios, trabaja en la construcción de la Ciudad Divina, lo que se alcanza en un final transhistórico. De las dimensiones del tiempo la que verdaderamente importa es el futuro, y la acción que lleva a cabo el hombre en el tiempo, se valora en función de su contribución a la plenitud de ese futuro.

No hay en el pensamiento agustiniano idea de progreso, propiamente, pero su interpretación del desarrollo humano es un claro ejemplo de visión optimista, de creencia en el crecimiento de la naturaleza humana hasta su plenitud.

En la historia se han ofrecido reiteradas interpretaciones de este tipo -en realidad, más teológicas que filosóficas- pero que han contribuido a afianzar la idea de que existe un desarrollo positivo, progreso, de la humanidad, desde sus orígenes hasta su meta, se conciba a ésta escatológicamente o no. En el Siglo XX hay notorios ejemplos de concepciones escatológicas de la historia. Piénsese en von Balthasar, Cullman, Pieper, Guittou, Maritain.

Por el contrario, cuando Voltaire y, como él, la Ilustración, desarrollan la idea de un progreso indefinido de la humanidad, no están pensando en una meta trascendente, transhistórica. El desarrollo que conciben es el de una humanidad cuyo destino es alcanzar mejores condiciones de vida en su existencia terrestre, fundado, en realidad, en la creencia de un indefinido progreso del conocimiento.

El real progreso del conocimiento producido en el Siglo XVII permitió el optimismo que se expresó en la creencia de sucesivas etapas de mayores y mejores posibilidades de conocimiento para el hombre.

Pero, de la idea de progreso en este terreno -el del conocimiento, el de la ciencia- con suficiente base empírica para sostenerla, se pasó a sostener la idea de progreso de la sociedad en su conjunto. La idea de una evolución positiva no sólo de un aspecto de la realidad humana (el conocimiento), sino de toda ella.

Este salto, esta extensión de la idea, carece de sustento empírico y, sin embargo, ha dado lugar a interpretaciones de lo que se entiende como "curso de la historia universal". En el Siglo XX, Toynbee ofrece un buen ejemplo al postular la unificación de la humanidad, por sobre la diversidad de las

civilizaciones y la superación de la decadencia de las civilizaciones por la religión. Esto constituye una afirmación de predominio del orden moral por sobre el conocimiento, la ciencia, la tecnología, la política y extensivo a toda la humanidad.

Ya Kant había ofrecido una muestra de cómo filosóficamente sin apelar a elementos extrafilosóficos, era posible postular una meta de la humanidad (la paz universal, la armonía de los Estados) y organizar las sociedades en orden a ello. Un pensamiento ético -el de la ética kantiana- sostiene toda la argumentación.

La idea de progreso, en este caso, es aplicada al desarrollo social, pero toda su teorización se funda en su afirmación de que, postular la idea de una meta de la humanidad, permite ofrecer una interpretación racional del devenir histórico.

Resulta evidente que la idea de progreso aplicada al desarrollo de la ciencia no ofrece mayores dificultades. Constituye una evidencia que el hombre del S. XX conoce más y mejor acerca de mucho más de lo que conocía el hombre del S. XV, del S. V o del S. II a.C. También es cierto que desde el hombre de las cavernas hasta éste que puede habitar la vivienda más confortable; desde el que sólo tuvo sus piernas para desplazarse, hasta el que se ve transportado al espacio en naves cada vez más sofisticadas, todo parece confirmar que la humanidad ha avanzado en sus condiciones de vida.

Sin embargo, no parece que pudiera afirmarse sin más el progreso para la sociedad humana en su conjunto y en la totalidad de sus manifestaciones. No al menos, de un modo lineal.

Cuando uno dirige su mirada a otro orden de cosas que no sean las relativas al conocimiento, con todas sus consecuencias, no tiene posibilidades de sostener la idea de progreso, en el sentido que puede hacerlo de aquél. Concretamente, en el orden moral la cuestión se presenta conflictiva. ¿Es más bueno el hombre del S. XX, que el del S. XV, que el del S. V o que el del S. II a.C.? ¿Es más justo? ¿Es más respetuoso de la libertad y del orden moral?

Con toda seguridad, no nos atreveríamos a afirmar de modo contundente que se haya progresado en este orden del mismo modo que en el orden de las realizaciones materiales. El progreso no es paralelo. Por el contrario, el mismo producto de la ciencia y de la técnica que, puesto al servicio del hombre, puede contribuir a hacerle más confortable su habitar en el mundo, puesto al servicio del déspota, del tirano, del terrorista, constituirá, justamente, un arma de destrucción más poderosa cada vez. Hay demasiados ejemplos de experiencia para el hombre del S. XX como para necesitar mencionarlos.

Con todo, tampoco podría decirse sin más que en el orden moral no hubo progreso alguno. Cientos de grandes pensadores han reflexionado en búsqueda de esclarecimiento de los problemas morales; también han contribuido a ello las luchas que el hombre ha librado en búsqueda del reconocimiento general de los derechos de todos. Se ha ganado, pues, en la conciencia colectiva de derechos que el hombre considera que le atañen en cuanto tal; en la conciencia de los deberes del hombre con el hombre.

Sin embargo, es forzoso distinguir entre el nivel de conciencia alcanzado y el de la concreción efectiva; el nivel del conocimiento y el nivel de las realizaciones.

Nadie podría negar que este hombre de nuestro siglo tiene mayor y mejor conocimiento de lo que significa la libertad y, no obstante, se ve sometido de muchas maneras. También su sentido de justicia y de obligaciones para con sus pares ha ganado terreno con respecto a sus antecesores, pero no es posible afirmar que las respete más que los hombres de otros siglos.

Se ha avanzado en el terreno de la teoría ética, también en el desarrollo de la conciencia colectiva de las cuestiones éticas. No se ha avanzado en el terreno de las acciones.

La Declaración Universal de los Derechos del Hombre, la Organización de las Naciones Unidas, una legislación que ha

reconocido de modo explícito la igualdad de los seres humanos, los derechos de la mujer, los derechos del niño, son realidades del S. XX. Pero también lo son Auschwitz, Hiroshima, La Perla, el apartheid y la marginalidad de millones de seres humanos.

Si es cierto que se ha avanzado en el conocimiento y en la conciencia de cuestiones que hacen al orden moral, no es menos cierto que no se ha avanzado en el orden de la conducta moral. Las violaciones a lo éticamente prescripto de modo universal, constituyen signos muy claros de que no hay progreso en ese orden.

Si evaluamos esta situación desde la propia idea de progreso, tal vez tendríamos que decir que esto constituye una regresión. O, ¿acaso no resulta más injusto perder la libertad hoy que en el siglo II, cuando había una aceptación social de la esclavitud? ¿No es, igualmente, más condenable que haya hombres que mueran de hambre cuando la tecnología ha permitido producir refinados procedimientos e instrumentos para obtener alimentos?, y mejores alimentos?

A la luz de estas breves consideraciones no parece que pudiera sostenerse la idea de un progreso universal ni indiscriminado, muchos menos indefinido, (¿sobre qué bases objetivas podría garantizarse un progreso del conocimiento humano dentro de veinte siglos, por ejemplo?)

Tal vez Caín y Abel no sean sólo dos personajes bíblicos, acaso representen a la condición humana. ¿Tendrá razón Pascal?

(1) J. Bury - La idea del Progreso - ALIANZA Ed.